

## Prefacio

Mi vida con Groucho tiene su origen en un artículo que escribí para la revista *Collier's* en 1951.

En aquella época, el programa televisivo de mi padre *You bet your life* se había convertido en uno de los más populares de radio y televisión de los Estados Unidos, y él, en la jerga del negocio, se convirtió de súbito en una «propiedad muy caliente».

Yo no tenía nada de «caliente». En realidad podría decirse que era apenas «tibio». Tenía treinta años, estaba casado con Irene Kahn, la hija de Gus Kahn, el popular autor de canciones, tenía dos hijos, un chalet en Pacific Palisades y una carrera de escritor que no parecía dirigirse a ninguna parte.

Había vendido algunos artículos a publicaciones nacionales; había escrito una novela llamada *The Ordeal of Willie Brown* sobre un jugador de tenis aficionado, y el libro había tenido un índice de ventas muy decepcionante. Tan decepcionante que para ganarme la vida estaba trabajando en los estudios MGM, en el departamento de cortos, escribiendo Pete Smith Specialities.

Pete Smith aprobaba mi trabajo, pero éste no tenía posibilidades de prosperar.

Entonces, una tarde que yo estaba en la oficina, recibí una llamada telefónica de Ted Strauss, que era el editor de *Collier's* en la costa Oeste. Estaba preguntándose si me interesaría escribir un artículo sobre mi padre. Me pagarían 750 dólares. Era dos veces la cantidad que hubiera recibido jamás por un

solo artículo, casi tanto como lo que había ganado con la novela *Willie Brown* y el equivalente a tres semanas de sueldo por escribir Pete Smith Specialities.

Sin embargo, mi reacción inmediata fue decir «No». Le di las gracias a Strauss pero le dije que había pasado casi toda la vida tratando de evitar que me conocieran como el hijo de Groucho para que la gente no me acusara de comerciar con el nombre de mi padre, y no iba a cambiar esa política ahora.

Pero Strauss me rogó que lo pensara. Dijo que Groucho aumentaría mucho las ventas de la revista como resultado del éxito de *You bet your life*, y que pensaba que un artículo escrito desde el punto de vista de un hijo tendría un atractivo muy especial.

—Míralo de esta manera —continuó Strauss—. ¿Quién más podría escribir algo así? No sólo eres su hijo sino que eres un escritor profesional. Ya has publicado una novela.

Le dije que la adulación no conseguiría nada, pero que ya lo había vuelto a pensar y escribiría el artículo para él.

Tenía un motivo más. Suponía que si a *Collier's* le gustaba el trabajo que hiciera sobre Groucho, podría encargarme otros artículos. Y si nada de eso resultaba, cobraría 750 por unas pocas noches de trabajo.

Además, estaba seguro de que escribiría un artículo mejor y más revelador sobre Groucho que cualquiera otra persona, por la razón obvia de que nadie sabía ni era posible que descubriera las cosas que yo sí conocía sobre él sin necesidad de entrevistarlo.

Cuando lo entrevistaba algún periodista o redactor de revista, Groucho podía llegar a ser sumamente ingenioso e incisivo en sus observaciones sobre el mundo. Si el periodista resultaba ser una chica con grandes pechos y bonitas piernas, Groucho podía mostrarse excepcionalmente encantador y era seguro que haría algunas observaciones astutas sobre el sexo, y algunos chistes sobre la imposibilidad de que dos personas vivan felices como marido y mujer. («El matrimonio es la causa principal del divorcio». «El problema del matrimonio es que debes casarte con una mujer: la última persona en el mundo con la que podría tener algo en común.») Y existían grandes probabilidades de que tratara de lograr una cita con la periodista.

Había que ser un Bob Woodward para extraer algo de Groucho que no fuera una información superficial sobre su vida personal. En su autobiografía, *Groucho y yo*, contó menos sobre él de lo que se podría saber leyendo *The World Almanac* o el *Who's who*. En realidad, en el capítulo 22 admite haber recibido la siguiente nota de su editor: «Hasta ahora ha escrito 80.000 palabras y todavía no se sabe ni un maldito dato sobre usted».

Por la insistencia del editor, Groucho confesó ser el padre de tres hijos. También dijo que tenía una esposa. Pero excepto unas pocas líneas sobre mi

carrera como tenista y una serie de anécdotas respecto de la precocidad de mi media hermana Melinda, nadie se hubiera enterado de que tenía una familia, una vida hogareña y unos sentimientos humanos que pudieran considerarse normales.

Ese era Groucho. Prefería que se le atribuyera un buen chiste antes que alguna palabra o hecho amable. El verdadero Groucho seguía escondido detrás de la cortina de humo de los chistes.

No lo critico por eso. La mayoría de los actores viven en un mundo imaginario. Pocos dirán su verdadera edad ni revelarán nada sobre sus vidas que pudiera afectar su imagen de superestrella, aunque interesara mucho a los lectores o a los historiadores del teatro. Estoy diciendo que muy poco de lo que se pueda leer sobre una celebridad se acercará a la verdad.

Bernard Shaw dijo una vez: «Ningún hombre es lo bastante malo o lo bastante bueno como para decir la verdad sobre sí mismo durante toda su vida». Eso, sin duda, podía aplicarse a Groucho y también a mí, aunque por lo menos no niego que mi padre se llamara Groucho; de todas maneras, no quería hacer para *Collier's* un trabajo de rutina sobre mi padre. Quería mostrarlo tal como era: divertido, excéntrico, encantador, difícil y totalmente impredecible. Al mismo tiempo quería dar información. Muchas cosas habían ocurrido en la vida de Groucho desde el último artículo aparecido en alguna revista importante.

Cuando terminé de escribir, no sabía si enseñarle el artículo antes de publicarlo. No porque creyera que iba a vetar alguna parte del material; yo sabía que había escrito un artículo muy benevolente, mostrándolo como un tipo excéntrico pero encantador y a veces incomprendido, en casa; un padre cariñoso y un buen cabeza de familia. Y al juzgar su talento fui tan elogioso como me lo permitió mi parentesco con él.

Mi duda nacía del hecho de que, en el pasado, cada vez que yo le mostraba un libro inédito, siempre encontraba algo que criticar. Había odiado mi primer libro, por ejemplo, y vaticinado que ningún editor lo aceptaría. Como padre y también escritor, esperaba que yo escribiera como él.

Sin embargo, dado que era un artículo para un semanario nacional creí que debía mostrárselo. Lo hice sin demasiadas ganas y su reacción me sorprendió.

—Es muy bueno —dijo devolviéndome el manuscrito con unas poquísimas correcciones escritas en el margen—. No está escrito con los cuatro tópicos que suelen decir sobre mí. No es una caricatura.

Así que el artículo se publicó tal como yo lo había escrito, y los editores se mostraron tan satisfechos que me pagaron 1.500 dólares en lugar de los 750 que me habían ofrecido.

También empecé a escribir con regularidad para *Collier's*. Como resultado, dejé la MGM para trabajar un tiempo en la revista.

Hacia alrededor de un año que estaba escribiendo para *Collier's* cuando Jack Goodman, el editor en jefe de Simon & Schuster, me pidió que escribiera una biografía de Groucho.

Lo primero que hice fue decir que no por la misma razón por la que inicialmente me había negado a escribir el artículo para Ted Strauss de *Collier's*: no quería que la gente pensara que sólo podía escribir sobre mi padre.

—En algún momento hubiera podido coincidir con usted —arguyó Goodman pero ahora, entre *Willie* y sus artículos para *Collier's*, ha demostrado que puede escribir sobre otras cosas, así que esto no va a perjudicarlo y podría ganar bastante dinero.

Entre la capacidad persuasiva de Goodman y el hecho de que lo que yo había escrito no atraía grandes masas a las librerías, accedí a escribir un libro. Por lo menos significaba un contrato y un adelanto de 2000 dólares.

Aquella noche llamé por teléfono a Groucho y le dije que me habían contratado para escribir un libro sobre él.

—Es probable que no ganes nada con eso —dijo Groucho—. ¿Por qué desperdiciar tu tiempo sólo para figurar como autor de otro libro?

A pesar de su falta de entusiasmo, papá colaboró muchísimo conmigo durante los *muchos* meses que me llevó escribir sobre su vida. No escribió nada de lo que aparece aquí, ni siquiera los pies de página de la edición original firmados «Groucho», y sus comentarios humorísticos sobre sexo, fueron todos fruto de mi trabajo; nunca vio una sola palabra hasta que terminé la obra.

Pero siempre iba a verle si necesitaba alguna de sus ingeniosas frases o profundizar en una parte de los acontecimientos de su juventud o la de sus hermanos que yo no conociera del todo.

Durante el período de gestación de *Mi vida con Groucho*, Irene y yo solíamos cenar con Groucho un par de veces por semana en su casa. En aquellas reuniones él solía relatar alguna anécdota graciosa que yo no había escuchado antes, o decía algo revelador acerca de su carácter que podía serme útil para el libro. A veces su franqueza me sorprendía.

Una noche en que mi esposa y yo estábamos cenando con Groucho y una de sus numerosas amigas, mencioné que aquella tarde había escrito un pasaje sobre su primer matrimonio.

—¿Y qué has escrito? —preguntó Groucho de forma sospechosa.

—He dicho que eras muy buen padre y un marido fiel —respondí.

—Eso no es cierto —me corrigió con rapidez y casi orgullosamente. Fui un buen marido, pero jamás fiel. Engañaba a tu madre siempre que podía.

Cuando manifesté mi sorpresa por el hecho de que le hubiera sido infiel incluso en los primeros días de matrimonio, él se puso de pie y nos condujo al cuarto de estar donde se encontraba una gran fotografía enmarcada del

equipo de *Los cuatro locos*, tomada en Denver cuando habían representado allí la obra en 1927.

—Fíjate en esta chica tan bonita —dijo él señalando con la punta del cigarro a una rubia esplendorosa del coro—. Ella era mi chica.

Nunca he acusado a Groucho de ser un puritano. Me sorprendió que pudiera considerarse un «buen esposo» habiendo engañado a su mujer desde el principio del matrimonio.

Se comportó siempre como un soltero porque no era capaz de mantener una relación estable con ningún miembro del sexo opuesto: por lo menos en el matrimonio. Era un hombre de relaciones masculinas que prefería la compañía de Norman Krasna, Arthur Sheekman, George S. Kaufman, Nunnally Johnson y Harry Ruby, todos ellos dramaturgos y/o guionistas de éxito.

—¿Qué pueden tener en común un hombre y una mujer después de salir de la cama? —solía decir—. ¡Y para eso no hay necesidad de casarse!

«Cualquiera que se case por segunda vez no merece haberse librado de su primera esposa», era una de sus frases favoritas, procedente de un viejo vodevil.

Parafraseando esa cita para que coincidiera con sus propias circunstancias, solía decir: «Cualquiera que se case por tercera vez no merece nada y eso es lo que obtendrá». Y parecía sincero.

Como disponía de abundante material dediqué todo un capítulo a la condición de soltero de Groucho, sus experiencias donjuanescas y sus declaraciones acerca de que le satisfacía vivir su vida como un hombre solo. (Se había divorciado de Kay, su segunda esposa y madre de Melinda, en 1950.)

Otra de mis historias favoritas está relacionada con Groucho, Melinda a los seis años y un par de actrices de reparto que trabajaban como prostitutas los fines de semana.

Como a Melinda le gustaba cabalgar, Groucho solía llevarla al Alisol Dude Ranch, en Santa Bárbara, cuando le tocaba el turno de sacarla a pasear los fines de semana. Un sábado, de acuerdo con lo previsto, el productor Irwin Allen, íntimo amigo de Groucho, llevó a dos actrices al rancho para divertirse los cuatro mientras Melinda montara a caballo. Allen llegó al rancho unas horas después que Melinda y papá, y golpeó la puerta del *bungalow*. Melinda corrió hacia allí y la abrió.

Viendo a Allen con las dos llamativas rubias, Melinda se volvió rápidamente hacia Groucho y preguntó:

—¿Cuál es la tuya, papá?

¿Cómo una niña de seis años podía saber algo sobre sexo en aquellos días oscuros antes del Doctor Reuben?

Entre su segundo y su tercer matrimonio, Groucho se convirtió en un buen candidato para que lo invitaran a aquellas reuniones a las que también asistían mujeres solas. A menudo esto acababa dando lugar a parejas un poco extrañas.

Una señora que daba una fiesta le pidió a Groucho que acompañara a Ciare Booth Luce, entonces embajadora en Italia, hasta su casa de Bel Air.

A Groucho siempre le resultó difícil orientarse en Bel Air, aun cuando el tiempo fuera bueno. Y aquella era una noche con mucha niebla. Cuando fue a buscar a la señora Booth Luce para llevarla a la reunión, poco después de pasar por la puerta principal de Bel Air, la embajadora y él se perdieron.

Tuvieron que salir del automóvil y caminar entre los arbustos para encontrar algún cartel indicador de la calle. Cuando la pareja emergió de entre las sombras en la esquina de Stone Canyon y Capricio Drive, se encontraron cara a cara con el escritor Charlie Brackett que estaba dando su tradicional paseo nocturno.

—Bueno —dijo Brackett mirándolos maliciosamente—, nunca pensé que llegara el día en que encontrara a Groucho Marx en los arbustos con nuestra embajadora en Italia.

—¿Por qué no? —dijo Groucho— ¿Acaso Chico no es italiano?

Escribir casi cien mil palabras sobre un hombre al que admiré y quise tanto como papá y permanecer objetivo no me ha resultado en absoluto fácil. Pero cuando terminé el libro, nueve meses más tarde, creí haber llegado a un equilibrio entre la ternura y la verdad.

Cuando entregué el manuscrito completo de *Mi vida con Groucho* a mi esposa para que lo leyera, la única crítica que me hizo fue:

—Es muy bueno, querido. Espero que no esté demasiado lleno de admiración por el héroe.

Después de oír su comentario, estuve ya seguro de que Groucho no lo vetaría. Así que empaqueté el manuscrito y se lo envié a Naomi Burton, mi agente literario en la ciudad de Nueva York, sin someterlo antes a la aprobación de mi padre. No me preocupaba la reacción que pudiera tener. El libro estaba escrito en el mismo estilo y tono que el artículo de *Collier's* que le había gustado tanto. Pensé, conociendo su afición a realizar correcciones y su pobre opinión sobre la mayor parte de mis escritos, que era preferible mostrarle el libro después de haber obtenido una opinión profesional de mi agente o mi editor. Sabiendo que alguien a quien él respetaba había dado su aprobación, a Groucho también le gustaría.

Debo añadir que papá todavía vivía cuando escribí *Mi vida con Groucho*, y de ahí el estilo y el talante del libro (que constituye la Primera Parte de esta edición). Si bien lo redacté hace más de treinta años y las opiniones son las del joven que yo era, el libro sigue fiel al tema. Aunque nuestra relación no fue muy buena en los años posteriores, no he añadido nada más que algunas correcciones menores y algunos pocos hechos a mi relato de mi vida con Groucho en los tiempos más felices.